

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 424

Barcelona, 1 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

**La res-
puesta a París
y Londres fué
dictada desde Berlín y
Roma: Burgos no pasó
de intermediario. Ne-
ville Chamberlain y
León Blum saben ya,
sin género de dudas,
el porvenir que aguar-
da a sus naciones.**

La respuesta de Franco a Francia, Inglaterra y el Papa

Chamberlain ha dado cuenta en la Cámara de los Comunes, de Londres, de la respuesta de Franco relativa a la guerra aérea. Esa respuesta, según el Premier británico, *no es satisfactoria*.

Francisco dice en ella que no puede comprometerse a no bombardear las ciudades republicanas de la retaguardia, y sobre todo Barcelona; porque todas son *objetivos militares*, y agrega: «Barcelona es el principal centro de fabricación de armas y municiones del enemigo».

Luego afirma que «siempre ha procurado atender a los dictados de la humanidad».

Por lo tanto, Francia e Inglaterra han fracasado nuevamente en su intento generoso de humanizar, mediante una intervención cordial, la guerra española, que los facciosos y sus auxiliares exóticos hacen con inaudito salvajismo. Buscaron para ello, la colaboración del Papa: no les sirvió de nada. Franco, esclavo de Hitler y Mussolini, sólo puede hacer lo que éstos le ordenan; no tiene voluntad propia: es un miserable instrumento de ambiciones y codicias ajenas; de planes que no le afectan sino como agente ejecutor, como pieza de la máquina de anexiones morales, económicas y políticas, montada por los poderes totalitarios; representa, en el Occidente europeo, lo que el Gobierno postizo chino, instalado por los japoneses en Nankin y que oponen cínicamente al Gobierno legal y nacional de la República, presidido por Chang Kei Shek, y al que obedecen todos los celestes patriotas...

La respuesta a París y Londres fué dictada desde Berlín y Roma: Burgos no pasó de intermediario. Neville Chamberlain y León Blum saben ya, sin género de dudas, el porvenir que aguarda a sus naciones.

Porque es indudable que el espantoso precedente de España da la norma de lo que va a ser la próxima guerra europea. No habrá en todos los territorios nacionales zona alguna, por apartada que esté, aparentemente, de los frentes de lucha, que pueda considerarse al abrigo de los bombardeos aéreos. Todo es ya objetivo militar atacable. Inglaterra y Francia serán campos de batalla. ¿En qué condado de la primera, en qué cantón de la segunda, no habrá líneas de comunica-

ciones, obras de fábrica, manufacturas de industrias relacionadas con el Ejército, la Marina y la Aviación? La guerra moderna obliga a movilizar todos los recursos del país que combate y a trocarlos en un inmenso taller. No hay ciudadano de los dos sexos que no contribuya, directa o indirectamente, a aumentar los medios de ataque y defensa que utiliza su Gobierno para alejar la derrota y aproximar el triunfo.

El pretexto que ha invocado Franco es una hipocresía: La realidad nos dice que se ha limitado a cumplir las consignas de los Estados Mayores de Berlín y Roma, consignas sacadas de los libros famosos de Lunderdorff y Douhet, los teóricos y definidores de la guerra total.

El otro día, fué nuevamente bombardeado Castellón, Castellón es una capital de provincia que se alza a orillas del mar, lo más lejos posible de la línea de fuego. Cinco aparatos de marca alemana, tripulados por extranjeros, arrojaron sobre dicha pequeña ciudad un centenar de bombas. Estas derribaron setenta casas del barrio obrero, demolieron el Hospicio, el Hospital y el Manicomio, y mataron e hirieron a muchas personas, todas ellas no combatientes, y no pocas enfermas. Entre las víctimas, las mujeres y los niños dieron la cifra mayor.

¿Castellón objetivo militar? ¿Por qué? ¿Porque pasan por sus inmediaciones un ferrocarril y una carretera? ¿Qué pueblo o ciudad hay en Europa donde no se dé parecida circunstancia?

Francisco, pues, cumpliendo instrucciones de sus amos, se ha burlado una vez más de las democracias. No tuvo en cuenta que se había unido a ellas un poder espiritual que, en su cualidad de católico, debía respetar y obedecer: el Papa, según Franco, no tiene voz en este capítulo.

Pero quede bien claro que nosotros, los republicanos españoles, hemos hecho y hacemos la guerra que se nos impuso, con humanidad y piedad, y que siempre respetamos el derecho de gentes. Son ellos, los traidores a la patria, y sus empresarios de Berlín y Roma, los asesinos de no-combatientes, los monstruos que no distinguen entre el soldado con fusil y el niño inocente que duerme en su cuna...

En defensa de la libertad y de la independencia de Cataluña y de la República El Presidente de la Generalidad dirige un patriótico llamamiento a todos los catalanes

«Todos en pie de guerra—ha dicho el señor Companys—en un noble estímulo de honor, de gloria y de sacrificio»

Anoche, a las 10,30, y desde el micrófono de las emisoras barcelonesas, se ha dirigido al pueblo de Cataluña su Presidente, don Luis Companys, quien ha pronunciado la siguiente alocución:

PUEBLO DE CATALUÑA:

Me dirijo a vosotros en un momento en que, más que nunca, busco en la pobreza de mis aptitudes y condiciones los mejores recursos que me acerquen a poder ser digno de la vicisitud histórica y de la responsabilidad inmensa, como Presidente de Cataluña, y de mi propia obliga-

ción, como catalán y como hombre. Os hablo en unos momentos en que se persigue, y no se encuentra, la palabra que puede traducir la intensidad y complejidad de los estímulos y vibraciones de todo mi ser. Os habla Luis Companys, Presidente de Cataluña.

El 18 de julio nuestra tierra, por el heroísmo de las fuerzas del Gobierno de la Generalidad y el magnífico impulso popular, batió, aniquiló y deshizo, llevándolos a centenares de kilómetros de las fronteras catalanas, los cuadros de los militares facciosos

que se habían alzado en armas contra la República española. Nuestro territorio quedó limpio de la facción rebelde; pero la guerra encendida por la traición asolaba el solar español, y los soldados de Cataluña hicieron su aparición en todos los frentes de la República, en defensa de la cual nuestro pueblo aportó toda la capacidad de sus medios y de sus múltiples energías.

La insurrección militar, preparada en el extranjero, quedó convertida en una guerra de independencia. La vieja bandera monárquica, opresora, ha subido

BILBAO

Rotterdam.—Un marino dice: «El terror en Bilbao, donde los nazis actúan como si estuvieran en su propia casa, es indescriptible. Los presidios están repletos. En el puerto hay cuatro barcos, de 8.000 toneladas cada uno, que han sido convertidos en cárceles, y están también llenos de presos. Todos los días se efectúan *razzias*. Se continúa deteniendo a las mujeres. Entre los encarcelados hay algunos soldados. A mediados de febrero, fueron fusilados 600 muchachos de dieciséis a dieciocho años de edad, porque se negaban a ser soldados de Franco. Aquí hay cinco baterías alemanas servidas por artilleros germanos. En la conversación que con ellos sostuve, pretendieron hacerme creer que habían venido «voluntarios» a España, pero acabaron por confesar que «se les obligó a venir». Además de los artilleros, hay también en Bilbao, aviadores alemanes. Antes se veían soldados de distintas nacionalidades en las tabernas. Ahora para estos soldados se han establecido centros especiales, a fin de evitar que trasciendan al público sus altercados por divergencia de opiniones. La población, en su mayoría, está en contra de Franco».

(«Deutsche Volkszeitung», 27-III-1938.)

¿Objetivos militares?

Tres teatros y trece cines han sido alcanzados por la metralla fascista

La guerra totalitaria que la influencia extranjera ha impuesto a los agresores de la República, tenía que llegar al extremo, como ya ha llegado, de llevar los horrores de la lucha a las más apartadas ciudades de la retaguardia. Con ello, naturalmente, se han visto agredidas las instalaciones industriales de todos los sectores por los salvajes bombardeos que recientemente han efectuado sobre Barcelona los aviadores italoalemanes.

No se hable de objetivos militares. La metralla fascista internacional hace la guerra totalitaria persiguiendo solamente fines criminales de destrucción sistemática. ¿Son, tal vez, objetivos militares las salas de espectáculos? Según nos comunica la Comisión interventora de Espectáculos Públicos de Cataluña, ascienden a trece los salones cinematográficos que han sido blanco de la metralla facciosa, y tres los locales teatrales, en Barcelona, también alcanzados por las bombas de los piratas del aire.

Si, por un momento, recordamos el emplazamiento urbano respectivo de estas salas de espectáculo, comprobaremos, una vez más, que la agresión fué hecha a voleo, como si en cada barriada trataran de destruir su correspondiente salón cinematográfico.

La guerra, pues, ha querido llegar a los salones de espectáculos; pero los trabajadores, lejos de desmayar y de desmoralizarse, se han convertido en soldados de su propia industria.

Ninguna ciudad del mundo ha padecido el sádico ensayo de guerra totalitaria que acaba de padecer Barcelona, especialmente dirigido contra los locales destinados al arte escénico y cinematográfico, y, frente a estos hechos monstruosos, ha reaccionado la masa obrera con estoicismo ejemplar, no abandonando su puesto en el trabajo y manteniendo la función en los salones, salvo el momento obligado de suspensión, durante los avisos de alarma.

Los desperfectos han sido reparados de tal suerte, que, de los trece locales cinematográficos siniestrados, nueve reanudaron ya sus tareas, y los cuatro restantes—uno seriamente afectado—se hallarán en pleno funcionamiento dentro de breves días.

De los tres salones teatrales, el único posiblemente reparable, funciona ya.

Para ello no ha habido jornadas legales de trabajo, ni limitación alguna, como no la han tenido los soldados jamás en las trincheras de combate, y sinceramente creemos que ésta, y no otra, es la actitud de todos en los momentos actuales.

He aquí una conducta y un ejemplo a imitar.

(«La Vanguardia», Barcelona, 31-III-1938.)

de tono los colores rojo y amarillo por la vergüenza de verse confundida con banderas extranjeras. La guerra de desolación y de tragedia desencadenada en el territorio de la República, ha derivado, en el momento histórico de Europa y del mundo, en

una gloriosa epopeya por la Justicia y por la Paz universal.

En el curso del proceso de estos tiempos, Cataluña se ha convertido en el centro territorial de dirección con la presencia del Gobierno de la República. En (Continúa en la pág. siguiente.)

NOTA INTERNACIONAL

La cuestión de España en el diálogo anglo-italiano

Resulta sarcástica la afirmación que, según las agencias, ha hecho el conde Ciano al Ministro de Inglaterra en Roma, en el sentido de que Italia, terminada la guerra de España, se desinteresará de nuestra Península. Tratándose de unos diplomáticos como los fascistas, que no vacilan en incumplir el compromiso que acaban de firmar, una declaración así no produce gran extrañeza; pero que esto pudiera tomarse en serio por los políticos en cuyas manos está la suerte de Europa, constituiría un síntoma grave.

Al parecer, aquellas palabras de Mussolini calificando al Mediterráneo de «lago italiano» se dan por no pronunciadas, y la ocupación de Baleares por fuerzas italianas, incluso las que bombardean ciudades abiertas de la España republicana, también. Del mismo modo habrá que dar por no existente la presencia en la España fasciosa de miles de soldados, oficiales y técnicos del ejército de Mussolini, y de una cantidad exorbitante de material de guerra, colocado aquí, por lo que se ve, con fines deportivos.

Es natural que estos detalles despierten cierta desconfianza incluso en los políticos más crédulos de las democracias occidentales. Nos resulta, por eso, muy fuerte aceptar que semejantes palabras puedan servir de base de discusión en las conversaciones angloitalianas, de las cuales barruntamos a los ingleses poco satisfechos. Por lo pronto ya se anuncia que es muy posible que esas negociaciones queden reducidas a un «gentlemen's agreement», cosa bastante extraña porque, tratándose de fascistas italianos, no puede haber tal «acuerdo de caballeros». Y es que no hace falta poseer demasiada perspicacia para darse cuenta de que el propósito de Mussolini, al iniciar este diálogo, aparte del deseo de alcanzar un apoyo financiero en Londres, consistía en desviar la atención de Inglaterra del problema español para intensificar, entretanto, su intervención armada. Así se daba lugar a nuevos envíos de material y soldados especializados, mientras los diplomáticos discutían la añeja cuestión de la retirada

de «voluntarios». El arreglo del problema de Palestina, que tanto inquieta a Inglaterra, no representa para Mussolini un asunto tan perentorio, ni está planteado con caracteres tan decisivos para la política del Duce. Allí están los árabes, que seguirán oponiéndose a la convivencia con los hebreos, para impedir de cualquier modo que se lleve a efecto el famoso «reparto» de Tierra Santa.

En la guerra de España es donde el eje Roma-Berlín desarrolla su operación de conjunto, con vistas, naturalmente, a planes más vastos en el futuro. Hay una parte de la opinión inglesa, la mayoría probablemente, que no se deja engañar y presiente la amenaza gravísima que pesa ya sobre las comunicaciones imperiales. La acción italoalemana en España tiende—y se ha dicho mil veces sin que lo desmintieran los hechos—a desplazar el poderío inglés y aislar estratégicamente a Francia, para establecer el nuevo imperalismo fascista en las arterias vitales del Continente Europeo. Ni Francia ni Inglaterra quieren la guerra; pero ¿es que aspiran a la paz arriesgándolo todo? Tampoco a Hitler y Mussolini les conviene en este momento el conflicto general europeo; necesitan salir de la crisis que sufren en su economía interior. Mientras, hacen en España la guerra indirecta, que, sin grandes riesgos, les permita conseguir posiciones estratégicas para el futuro. Los gobernantes ingleses se obstinan en no reconocer siquiera esa guerra indirecta, sin comprender que hipotecan, de ese modo, sus movimientos para el porvenir. Prefieren, al parecer, las palabras perdidas de Ciano, que son otra etapa en la carrera de engaños y falsedades del fascismo.

La cuestión de España no podrá ser dada de lado, aunque lo pretenda la diplomacia del avestruz, que prefiere no enterarse de la realidad a afrontarla con decisión. Se prenderá como una zarza a la levita de los diplomáticos, pues los diplomáticos pueden ignorar la historia, pero no pueden cambiar la geografía.

nuestro territorio se encuentra a millares la población civil de otras tierras hermanas y heroicos soldados de otros lugares de la Península. La República española, que había consagrado la solidaridad ferviente de Cataluña al reconocer el Estatuto de nuestras libertades—reparación histórica de un hecho de fuerza—, plasma hoy más firme que nunca esta unidad, y la sella con la sangre y por el fuego, donde se junta el heroísmo de todos los hombres y de todos los pueblos de la España republicana en un noble estímulo competidor de honor, de gloria y de sacrificio.

¡Ahora yo hablo a los catalanes! Me dirijo a los catalanes, y quisiera tener la palabra penetrante como un espadín, y fuerte y contundente como una maza. Ahora yo hablo a los campesinos, a quienes he prodigado las propagandas de mi juventud; a los obreros, con los que he compartido tantas veces la celda de la cárcel y la reja del presidio; a las clases medias; a nuestros intelectuales, y, en definitiva, a todos los hijos de Cataluña, fueren los que fueren sus ideales y su situación. Y hablo a todos en nombre de la patria.

Les hablo en nombre de esta Cataluña maravillosa, de tierra fecunda y magnífica; país de democracia, con líneas históricas propias e imborrables, de personalidad definida, liberal y democrática; amiga de la paz, del arte, del trabajo y de la fraternal y pacífica relación humana. ¡Esto es Cataluña! Nuestra Cataluña, cuyo nombre hace temblar a nuestro corazón e inunda de encanto y poesía las fibras más delicadas de nuestra alma. Hablo a mis compatriotas, que aman el lugar donde han nacido ellos y sus hijos, y conocen los rincones amables y poéticos de esta tierra bendita donde se juntan el mar, y la montaña, y el sol en un beso, para que los hombres puedan trabajar con bienestar y pueda florecer mejor el amor a la patria y los anhelos de fraternidad humana. Y hablo en nuestro idioma, que es el que penetra adentro y les recuerda la primera canción y las primeras palabras de su madre.

¡Hablo a los catalanes! Quisiera estimular en ellos, y no sé hacerlo de tanto, tantísimo como siento, todo el amor patriótico, el valor cívico, el deber ante la Historia, y todo el enorme interés del futuro, para una cosa. Una palabra, que no quisiéramos pronunciarla; pero que hemos debido hacerlo, y sentirla desde hace dos años, y nos hemos entregado a ella sin medida. Una palabra que ha sido obligada y necesaria, y que es una invocación sagrada para todos los ciudadanos de la República; pero que ahora, si fuese posible, habría de adquirir todavía vibraciones más sublimes y más heroicas. Una palabra única: ¡Guerra! ¡Todos en pie de guerra; todos hemos de hacer la guerra; todos hemos de dar la vida, si es necesario, para la guerra, para ganar la victoria, por el honor, el deber, la gloria y la vida de Cataluña! ¡Por la independencia de la República española y los altos intereses de la democracia en el concierto universal de la civilización humana!

Desde el primer momento, Cataluña ha estado en su puesto en los diferentes medios, deberes e instrumentos de combate y de sacrificio. Pero ahora los ejércitos extranjeros están a las puertas de nuestra casa. Llevan en el alma el afán especial de someter

y escarnecer a nuestro pueblo, porque saben que representa la cultura ante la fuerza, la libertad por encima del despotismo. Los ideales de Cataluña condensan el sentido de la lucha ante el mundo: concepciones totalitarias del Estado, sistemas de opresión, afanes imperialistas, castas dominadoras, contra el sentido liberal y democrático, en el que se canalizan pacíficamente las legítimas inquietudes populares en la busca ascensional de fórmulas más puras de estabilidad y de justicia. Ellos odian todo lo nuestro, hasta la estructura, el ambiente, la Historia, el ritmo de la vida, el imponderable espiritual. Si sus plantas resonaran en territorio catalán, se estremecería el subsuelo de Cataluña y nuestras altas montañas temblarían de vergüenza. El idioma vernáculo sería perseguido, nuestras Instituciones escarnecidas, nuestra gente esclavizada, nuestras costumbres menospreciadas.

¡Vae victis! ¡Moros y otros soldados extranjeros, como dominadores de nuestra tierra catalana! Esto no puede ser ni por el hecho, ni por el nombre, ni por

el interés de Cataluña en el pasado y en el futuro. Es necesario percibir toda la profundidad y alcance de la hora majestuosa que atravesamos, y que el reloj de la Historia señala con campanadas de resonancia que se extienden por todo el mundo y habrán de penetrar en la profundidad del mañana.

¡Catalanes! ¡Catalanes! A luchar y a trabajar. A resistir, porque la resistencia es el triunfo. Intereses múltiples pueden concertarse en las posibilidades cercanas; el jefe del Gobierno de la República, doctor Negrín, en el vigoroso, sereno y magnífico discurso que pronunció anteayer, señaló las perspectivas de estos instantes: ¡Resistir! Todos los catalanes han de dar el ejemplo. Debe producirse una movilización general de trabajo de fortificaciones, y una movilización general bélica de hombres para el frente de batalla. En las puertas de nuestro territorio luchan heroicamente los soldados. Cada uno clavado en su lugar; cada uno de la retaguardia, en el punto de su deber; cada hombre, un gigante, y cada catalán, un hombre.

Un hijo de Cataluña vale como decir un héroe luchador en el diccionario de la Historia. ¡Adelante por la victoria, hermanos, por la victoria, que nacerá aquí, como reducto decisivo y reconquista gloriosa y definitiva!

La bandera de la República enhiesta, ondeando al viento sus pliegues y cubierta de gloria ante el mundo impávido; y sobre el pecho de los catalanes e impreso en su alma, el escudo de las cuatro barras, y, juntos, en la resistencia obstinada y terrible para preparar el impulso que expulse a los invasores de todo el territorio de la República.

—¿Quién eres tú? — Soy un catalán situado en el fortín inquebrantable e invencible del amor y de la defensa de mi tierra.

—¿Qué quieres? — Por qué extiendes la metralla y haces correr la sangre? — Luchó contra los invasores de la patria. Luchó ante el mundo y el espacio infinito por el nombre y la existencia de Cataluña. Fabrico la victoria para merecer la paz que anhelo. ¡No podía vivir sin la libertad!

¡Viva Cataluña!

La muerte misteriosa del pastor

Por ROBERTO CASTROVIDO

En el Servicio Español de Información leemos el emocionante relato de la muerte del pastor protestante Teodoro Fliedner, atraído asututamente a Alemania por la Gestapo y asesinado con arreglo a las prácticas nazis.

El señor Fliedner salió de España para asistir a la Conferencia de Oxford y para hablar en Inglaterra, Holanda y Suiza en favor de la República española. Su palabra veraz prestó un gran servicio a nuestra causa. Atraído no se sabe cómo hacia Alemania, no le fué posible ya salir de allí, retenido—según el filofascista *Journal de Genève*—por la enfermedad que acaba de arrebatárle la vida.

La verdad es que el pastor Fliedner ha sido víctima de los procedimientos represivos de Hitler y de la Gestapo. No ha muerto de muerte natural. Su hermano, Juan Fliedner, que asistió con él a la Conferencia de Oxford, lo ha esperado inútilmente en Madrid.

La Gestapo le atrajo con engaños y habilidades, y, una vez que le tuvo entre sus redes, no le dejó escapar. A las torturas de que han sido objeto los pastores alemanes, hay que añadir la de este pastor español, cuya ancianidad no ha sido respetada. Teodoro Fliedner enfermó de disgusto y de desesperación, al darse cuenta del lazo en que había caído. To-

das las gestiones realizadas para que se devolviese la libertad a este ciudadano de nuestro país, fueron inútiles. Su apellido de nada sirvió para que los esbirros del nazismo se negasen a soltar la presa. El pastor español, respetado y querido por Madrid entero, figura de entraña popular hondamente arraigada en los Cuatro Caminos, había cometido el delito de defender a España y a sus hijos contra las abominables calumnias de la propaganda de Goebbels. Su amor a la verdad ha sido castigado con la muerte en el más espantoso aislamiento. Su bondad, que le hacía amar la paz y el perdón, fué la causa de que los bárbaros instru-

mentos de la guerra le hicieran perecer.

El desventurado pastor cayó, como una mosca, en las redes tejidas por la araña nazi, hedionda y sanguinaria.

Siento mucho su muerte. Me honraba con su amistad. Varias veces hablé con él en mítines públicos, dedicados a la defensa de la libertad de cultos. Recuerdo uno, celebrado en un teatro-cine de la calle de Valencia, junto a la plaza de Lavapiés, notable por más de un concepto. Le presidió el doctor Luis Simarro y, en representación de los judíos sefarditas, habló aquel gran periodista Luis Morote, que poco después falleció. Hablamos otros, uno de ellos Fliedner, quien con tipo, maneras y pronunciación muy extranjero logró hacerse popular en Madrid, ganar allí muchos amigos y hacerse estimado por su bondad. Era un varón consagrado por entero a la doctrina y a la moral cristiana. No molestaba a nadie. Era con todos tolerante. En lo único que ponía ardor era en la defensa de las libertades de conciencia, de pensamiento y de cultos, postulados que nos unían a gentes de diversas creencias, agrupadas en partidos distintos y hasta en algunas doctrinas antagónicas. El pastor asesinado por sus compatriotas vivía en Madrid respetado por el pueblo. Ejercía su ministerio en el edificio (iglesia, escuelas y hospital) que los protestantes tienen en los Cuatro Caminos, muy cerca de la Glorieta, al lado de la iglesia católica de los Angeles.

El templo católico fué incendiado tres veces y ha quedado casi destruido; el edificio de los protestantes ha sido respetado, está como estaba antes de la revolución y guerra. ¿Qué prueba esta diferencia de trato? Absurda es la creencia en una persecución limitada a la religión católica apostólica romana; lógico es creer en una acción violenta contra la reacción contrarrevolucionaria de la Iglesia católica.

No se trata de una campaña anti-religiosa, de una lucha contra Dios, contra toda religión deísta, como pretenden los defensores de la llamada cruzada religiosa, los que buscan en tamaño patraña el medio de cohonestar su traición y la concupiscencia de los extranjeros invasores de España.

Evidencia la trágica muerte del dulce, inofensivo, bondadoso pastor que Alemania, la de la cruz esvástica, y no la España «roja», mata sacerdotes cristianos. Es así que se respeta en Madrid, y en el momento más agitado de la revolución, a los sacerdotes y los templos del culto protestante. Luego es falso que se fuera contra la religión y falso también que la odiosidad se ensañara en el cristianismo.

No le demos vueltas: lo más ajustado a la lógica es el criterio desarrollado por los presbíteros Lobo, Jover, Gallego, García Morales, López Dóriga y tantos han hecho compatible en su conciencia el catolicismo y la República. Según estos sacerdotes católicos, el pueblo reaccionó contra los templos y los conventos católicos porque, si no el catolicismo, su Iglesia, y, más determinadamente, su clero, buscaron la amistad del rico y rehuyeron la del pobre, se aliaron a la Monarquía y al capitalismo contra la República y la revolución social, pusieron el favor sobre la equidad, sentimientos que se exteriorizaron los días 18, 19 y 20 de julio de 1936, al utilizar como baluartes ofensivos las torres de las iglesias, como cuarteles las naves de los templos y como depósitos de municiones los conventos.

Odios mutuos, desavenencias añejas y el instinto de defensa encendieron la tea y armaron el fusil de

(Continúa en la pág. cuarta.)

La caricatura y la guerra

SUPLEMENTO GRAFICO DEL
«SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN»

IV



El cuervo que quiere imitar el águila.

(“Le Peuple”)



Mussolini.—¿No quiere usted reconocer a este gran emperador?

(“Le Peuple”)



—No dejaremos que se pisotee el derecho de los pueblos a disponer de los demás.

(“L'Œuvre”)



DESPUES DEL PASO DE LA OCA

—Parece ser que en honor de Chamberlain, va a adoptar ahora el “kilt” y la gaita...

(“Marianne”)



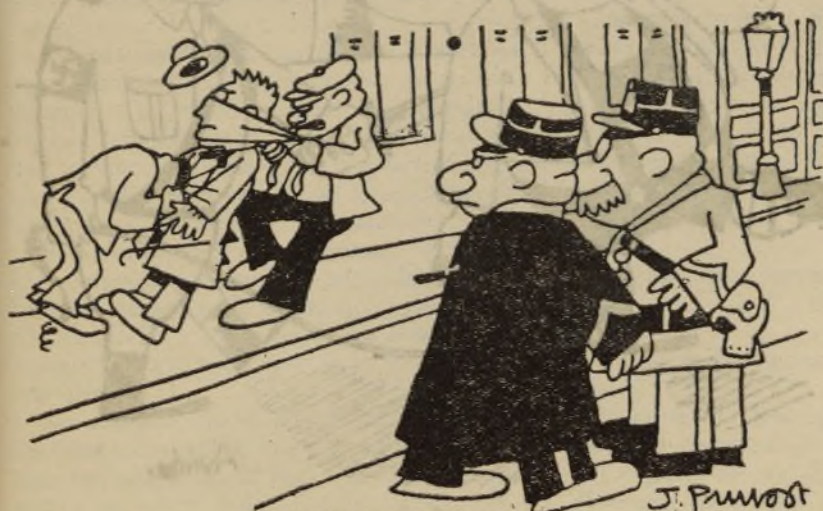
—Se acaba de crear un equipo de buxos-espíritus, encargados de encontrar a los submarinos fantasmas...

(“L'Œuvre”)



Un regalo de Mussolini a los niños españoles.

(“Solidaridad Obrera”)



COMO EN AUSTRIA

—¿Intervenimos?
—¡Quita, hombre! A lo mejor son unos hermanos que se encuentran.

(“Le Canard Enchaîné”)



HITLER Y COMPAÑIA

—¿Qué dice usted? No me anexiono un país, sino que abro una sucursal.

(“Le Canard Enchaîné”)

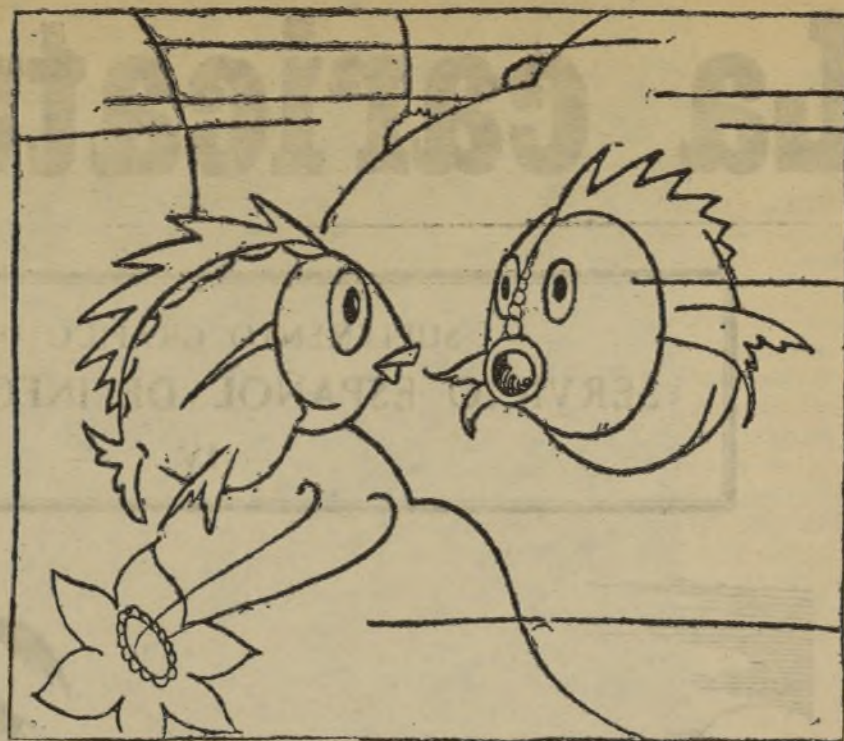


La aventura abisinia

La aventura española.

(“La Rambla”)

La caricatura y la guerra



DIALOGO ENTRE PECES

— Mira, hijo. Ahora tienes una ocasión para aprender idiomas.

(“La Vanguardia”)



— Si reconoces mi dominio de Etiopía, renunciaré a mis derechos sobre Yorkshire y el país de Gales.

(“L’Euvre”)

MODIFICACION DEL GOBIERNO ALEMAN



ADOLF HITLER
Canciller del Reich



ADLER HITLOF
Gestapo-Depuración.



HIDAL LOFTER
Generalísimo (Aire-Tierra-Mar)



LERHIT DOLFA
Engrase y conservación del Eje
Roma-Berlín-Tokio-Viena.



HATIF LEDROL
Deportes, festejos y campos de
concentración.



HEROLF DITAL
Kultura e Intelectualariado.

(“Vendredi”)



ASI ES LA DIPLOMACIA

— Con su permiso, recogeré el guante.

(“Mañana”)



ABNEGACION

— Esto... quisiera decirte... que si el Negus no quiere, yo aceptaré una pequeña soberanía en Abisinia.

(“Vendredi”)



La vuelta del hijo pródigo.

(“Marianne”)



HITLER, PELUQUERO

— ¡A ver, el siguiente!...

(“Marianne”)



— Reconoced nuestro Imperio y la supremacía de nuestra marina, y a poco que renunciéis a Suez, estudiaremos con agrado vuestro ofrecimiento de 30 millones de libras.

(“L’Euvre”)



— ¡Y mi flota sabrá defender tu Peñón de Gibraltar contra los manejos de Queipo de Llano!

(“L’Euvre”)



ENTUSIASMO EN AUSTRIA

¡Heil Hitler!

(“Mañana”)

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

Lo llaman también «la mano de Moscou» y el «instinto de la chusma», Nicolás.

¡Que un hombre quiera aprender a leer!

Bios mío, realmente debieran haberte enviado a Ginebra en una jaula con una inscripción que dijese: *Ecce Homo. Anno Domini 1937.*

VIII

(Había pensado concluir la huelga del hambre, en cuanto saliera la carta para el Cónsul. La carta salió la víspera del día en que me permitieron bajar al patio. Luego supe el fusilamiento de Nicolás y la noticia me chafó tanto, que suspendí la celebración de mi primera comida hasta el día siguiente.

Fué el jueves, 15 de abril.)

Desayuné café con leche extra, condensada, y bizcocho de la cantina; hacía diez días justos que no probaba bocado. Pero mi placer se fué a paseo. A cada mordisco me acordaba de la lechuga que me ofreció Nicolás.

Apenas pude esperar a la una para bajar al patio. Allí estaba Carlos con *swástica* y todo.

Los otros dos no aparecían.

Carlos y yo paseamos arriba y abajo evitando mirarnos, muy pálidos los dos y sin quitarle el ojo a la puerta por donde solían entrar.

Por fin, Carlos se me acercó—hasta entonces no habíamos cruzado una sola palabra—; se me presentó como el teniente Carlos T. y dijo que esa mañana, temprano, había visto por la mirilla cómo se los llevaban pasillo abajo.

Pero, unos minutos más tarde, se abrió la puerta y aparecieron los dos republicanos, afeitados y limpios. Nos pusimos tan contentos que corrimos hacia ellos, nos dimos todos las manos y hasta hubo sus golpecitos amistosos en la espalda. Explicaron que los habían llevado a tomar una ducha. No hablamos de lo que temimos, pero lo adivinaron.

De resultados de todo esto, Carlos y yo nos hicimos amigos, hablamos en alemán y nos contamos nuestras respectivas historias.

Carlos era teniente del Ejército italiano. Había presenciado la entrada en Málaga de las fuerzas rebeldes y recordaba haber pasado frente a la casa de sir Peter fijándose en la bandera británica. Incluso cree que me vió en el balcón. Luego lo mandaron al frente de Madrid.

A la sazón, hizo amistad en Sevilla con un conductor alemán: éste, que se llamaba Johnnie, era el muchacho rubio que vi en el patio de la cárcel. Resultó que Johnnie era un tipo de cuidado; tuvo que vérselas en más de una ocasión con la policía alemana y, finalmente, se había enrolado para ir a España en el cuerpo expedicionario, porque se decía que allí podía ganarse montones de dinero. A mediados de marzo fué arrestado en Sevilla, a petición de las autoridades alemanas, y Carlos acudió desde Madrid, llamado como testigo. Debía comparecer en la jefatura de policía. Allí la Guardia civil lo trató con tal descortesía durante el interrogatorio, que, sintiéndose ofendido en su honor de oficial, le propinó un puñetazo en las narices al Comisario; tras lo cual fué esposado y conducido a la cárcel.

Lo más curioso de esta curiosa historia es que hayan puesto a Carlos con los presos condenados. Tal vez no quisieron las autoridades dejarlo con Johnnie y, a más, siendo un oficial italiano, no debieron de atreverse a mandarlo al «hermoso patio» con los delincuentes vulgares. Y ahí estaba entre nosotros.

Esto era lo que sospechábamos. Pero Carlos confesaba que nuestra compañía era muy desinquietante; tenía miedo que vinieran por él una noche y lo fusilaran. Le dije que no fuera tonto y que su caso se aclararía en pocos días.

Me contestó que si supiera cómo andaban las cosas entre españoles e italianos no me sentiría tan optimista. El hecho de que se esposara a un oficial italiano, delataba con suficiente elocuencia el carácter idílico de las relaciones existentes entre ellos. Vino a España por puro romanticismo—de paso le pagaban cuatro mil liras al mes, más cuarenta pesetas diarias para gastos—, y ahora le metie-

ron en la cárcel como a un delincuente vulgar, confiscándole sus papeles y su dinero. No tenía tabaco, ni peine, ni jabón, ni libros...

Le dije que no siguiera enumerando, que conocía la lista. Encontré encantador al muchacho, pero no pude reprimir cierto malicioso placer ante sus desventajas.

Era de origen austriaco, naturalizado alemán, tenía veintidós años y estudiaba en Milán para enseñar latín en un instituto.

Llevaba la *swástica* porque era muy difícil recortar los haces en papel. Le habían convencido de que todos los que luchaban con el Gobierno eran rusos y se asombraba de ver tantos españoles. También tenía la idea de que todos los «rojos» eran unos salvajes, sorprendiéndole encontrar gente tan agradable como los dos republicanos y yo.

El carácter de Carlos era una mezcla conmovedora de ingenuidad, limitación espiritual y afán de abrirse camino en este complicado mundo. Por los trazas, esto último no le iba resultando tan fácil.

Pasé incomunicado mis dos primeros meses de cárcel en Sevilla. Sólo ahora, cuando me puse en contacto con los demás prisioneros, empecé a enterarme de lo que ocurría a mi alrededor.

Supe que, una semana después de mi llegada a la cárcel, fusilaron a treinta y siete hombres del patio grande. En la última semana de febrero no hubo ejecuciones; en marzo, cuarenta y cinco. Casi todas las víctimas eran prisioneros de los distintos frentes. En cada caso seguían el mismo procedimiento que con Nicolás. Ningún hombre era condenado sin juicio; pero esos juicios eran mucho más humillantes que las matanzas sin ceremonia, hechas en el frente después de las batallas.

Se acusaba a todos los prisioneros de guerra, sin excepción, de «rebelión militar». Los que defendían al Gobierno leal contra una manifiesta rebeldía, eran condenados por rebeldes, ante una autoridad que pretendía llamarse Tribunal y pronunciarse en nombre de la Justicia. Esta horrible comedia seguía siempre el mismo curso. La vista duraba dos o tres minutos. El denominado fiscal pedía la pena de muerte cada vez, sin excepción. El denominado abogado defensor—sin excepción también—solicitaba cadena perpetua en vista de las circunstancias atenuantes. Después se llevaba al prisionero sin informarle de la sentencia. Esta se pronunciaba en cuanto había salido y era de muerte, sin excepción.

Se transmitía la sentencia al comandante en jefe del Ejército del Sur, general Queipo de Llano. Este hacía cumplir las condenas en el orden en que se las presentaban. A un veinte, a un veinticinco por ciento de los prisioneros se les conmutaba la pena conforme al humor de Queipo o a la situación en los frentes; los demás eran fusilados.

Desde que salía del Consejo de guerra, se dejaba al acusado en absoluta incertidumbre respecto a su suerte: si conmutaban su condena por la de cadena perpetua, le informaban por carta una semana, un mes o seis meses más tarde; si confirmaban la sentencia de muerte, lo sabía en el momento de la ejecución.

Mientras tanto, se le permitía jugar al *football* o a *pídola* en el patio y contar sus botones, todas las mañanas, para averiguar si lo fusilaban o no esa noche.

Había en el patio hombres que esperaron cuatro meses. Batió el *record* un capitán de milicias que llevaba cuatro y medio aguardando: lo ejecutaron unos días después de mi salida.

Nicolás tuvo suerte; sólo esperó cuatro días.

En marzo fusilaron a cuarenta y cinco hombres.

Durante los trece primeros días de abril no hubo ejecuciones.

La noche del 13 al 14 de abril mataron a diecisiete, para celebrar el aniversario de la proclamación de la República. Nicolás se hallaba entre ellos.

Dos noches más tarde, el jueves, fusilaron a ocho. Fué el primer día que me enteré de algo. Todo ocurría discretamente; por eso no

me enteré hasta ahora que me hallaba sobre aviso.

Sabía que la hora crítica era entre las doce y las dos de la mañana. Durante unos días estuve ese lapso de tiempo con el oído en la puerta de mi celda.

La primera noche, la del miércoles, no pasó nada.

Durante la segunda noche...

Vuelvo a sentir náuseas cada vez que recuerdo aquella noche. Me había dormido, despertándome poco antes de las doce.

En el obscuro silencio de la cárcel, poblado por las pesadillas de mil trescientos durmientes, oí las preces que murmuraban el sacerdote y el tintineo de la campanilla.

Se abrió la puerta de una celda, la tercera a izquierda de la mía, y pronunciaron un nombre.

—¿Qué?—preguntó una voz soñolienta.

La del sacerdote se hizo más clara y la campanilla sonó más fuerte.

Entonces el hombre adormitado se dió cuenta. Al principio gimió, luego gritó sordamente:

—¡Socorro, socorro!

—¡Hombre! ¡No hay socorro para ti!—dijo el carcelero que acompañaba al sacerdote.

No dijo esto en tono hostil ni amistoso, sino haciendo constar un hecho. El hombre que iba a morir permaneció callado unos instantes: la actitud tranquila del carcelero le intrigaba. Entonces se echó a reír. No era la risa aguda, fuerte, del actor que hace papel de loco: el hombre se acariciaba las rodillas con las manos, y su risa era quieta, sofocada, llena de hipo y jadeo.

—¡Es una broma!—le dijo al sacerdote—.

Comprendí en seguida que era una farsa.

—¡Hombre! ¡Esto no es una farsa!—dijo el carcelero en el mismo tono seco de antes.

Se lo llevaron.

Le oí gritar fuera. Pero el ruido de los tiros sólo me llegó unos minutos más tarde.

Mientras tanto, el sacerdote y el carcelero abrieron la puerta de la próxima celda: era la 42, la segunda a mi izquierda.

«¿Qué?» se oyó de nuevo, y otra vez la campanilla y la oración. Este sollozaba, gimiendo como un niño. Luego llamó a su madre:

—¡Madre, madre!

Y otra vez:

—¡Madre, madre!

—¿Por qué no pensaste antes en ella?—dijo el carcelero.

Fueron a la otra celda. Mi vecino no contestó cuando le llamaron: quizás estaba despierto y, como yo, preparado. Pero al terminar el cura sus rezos, preguntó:

—¿Por qué tengo que morir?

El sacerdote le contestó con siete palabras, dichas en tono solemne, pero con cierta prisa:

—¡Fe, hombre! La muerte significa la libertad.

Se lo llevaron, llegaron a mi celda y el sacerdote anduvo en el cerrojo. Pude verlo por el ojo de la cerradura: era un hombrecillo negro, pequeño y grisiento.

—No; éste no—dijo el carcelero.

Siguieron a la próxima celda. Ese también estaba preparado. No hizo preguntas. Mientras el sacerdote rezaba, se puso a cantar por lo bajo *La Marsellesa*; pero, tras los primeros compases, le falló la voz y sollozó también. Se lo llevaron...

Entonces comprendí por qué dijo el comerciante de Gibraltar «que él y sus amigos se mudarían pronto al número 39».

Esa noche me desperté a menudo, porque mi cama se estremecía como si hubiera un terremoto. Era mi cuerpo, que temblaba de pies a cabeza. Al despertarme, se aquietaba; pero en cuanto me dormía, el temblor empezaba de nuevo. Al principio, creí que era un mal crónico, como el baile de San Vito; pero sólo tuve dos ataques en días sucesivos: luego se me pasó.

Carlos estaba aún peor; había oído lo mismo que yo. La noche del viernes fusilaron a nueve; la del sábado, a trece. Durante cuatro noches lo oímos todo. El lunes por la mañana me llamaron a la celda de Carlos. Estaba

en el suelo junto a la puerta, con espuma en los labios y las dos piernas tiesas, paralizadas.

En cinco días habían fusilado a cuarenta y cinco hombres. Incluso para esa cárcel era un *record*. En el patio sólo se veían rostros grises. Durante un partido de *foot-ball*, dos hombres vinieron a las manos, arrancándose el pelo a puñados. Los carceleros que habían estado de guardia por la noche, se escurrían por el pasillo, pálidos y turbados. El mismo Angelito, que abría las celdas de los condenados noche tras noche, llegó una mañana con los ojos enrojecidos.

—Si esto continúa—dijo—, acabarán con todos nosotros.

Los dos republicanos de la siesta lo llevaban mejor. Un domingo, que mirábamos hacia la ventana de una celda colectiva, desde la que uno de sus amigos solía hacerles señas a los tres todas las tardes, uno de sus compañeros les explicó, también por señas, que su turno había llegado la noche antes. Byron tuvo que vomitar; luego encendió un cigarrillo y dijo una obscenidad.

Cuando regresábamos a nuestras celdas, no nos atrevíamos, por superstición, a decir «hasta mañana»: murmurábamos «hasta...», avergonzándonos de ser tan supersticiosos.

Una noche, don Antonio volvió a mi celda después de servirme la comida.

—¿Por qué come tan poco?—me preguntó.

Contesté que no tenía apetito.

—¿Es que tiene miedo?—inquirió entonces.

Reflexioné un momento y le dije que sí. No replicó, se encogió de hombros, me ofreció un cigarrillo y se fué cerrando la puerta cuidadosamente, sin dar portazo.

Carlos me contó que la noche anterior se llevaron a dos de la celda de Johnnie. Dijo que los dos habían llorado y bromeó sobre la cobardía de los «rojos». Carlos le preguntó a Johnnie si él no tenía miedo. Contestó que él no era un cochino «rojo». Uno de los «rojos» ejecutados le había prestado dos pesetas el día anterior. Al menos así, ya no tendría que devolvérselas.

Le pregunté a Carlos si pensaba seguir siendo amigo de Johnnie. Me contestó que le gustaría estrangularte con sus propias manos.

Hablábamos de estas cosas muy libremente. La muerte rondaba la cárcel; sentíamos su aleteo; zumbaba alrededor de nuestros rostros como una mosca pegajosa: dondequiera que estuviéramos no nos librábamos de su zumbido.

La noche del sábado volví a oír risas como las del número 43.

Resultaba contagioso y me choca que todo ocurriera como ocurría.

El domingo, mientras estaba yo en el patio, se asomó una cabeza a la ventana de las celdas colectivas del segundo piso. (Esas ventanas no tenían barrotes.) La cabeza era pequeña, fea; llevaba un gorro negro puesto en la coronilla y parecía la de un *jockey*. Gritó preguntando si alguno de nosotros sabía húngaro.

Yo soy de origen húngaro y, por lo visto, se sabía en la cárcel.

El hombre me dijo en húngaro que había recibido el día anterior una carta diciéndole que lo fusilarían dentro de dos días. Si yo volvía a Hungría, ¿podría anunciárselo a los suyos?

Le contesté que eso era absurdo: a nadie le avisan por carta que lo van a fusilar. Mientras hablábamos, no me atreví a mirar arriba. Byron permanecía frente a mí y gesticulaba silenciosamente para que el jefe de servicio creyera, si miraba, que hablábamos juntos.

El húngaro dijo que, como no sabía español, no pudo leer la carta; pero que sus compañeros de celda le explicaron que le anunciaba su próximo fusilamiento. Luego añadió que durante el mes pasado se llevaron a treinta y cinco de su celda. Le pregunté a dónde.

—¡No haga preguntas tan estúpidas!—dijo—. Donde llevan a todos los españoles: al matadero.

Al día siguiente, el húngaro estaba aún allí. Me tiró una carta para su mujer. Yo no me

(Continuará.)

Pequeñas muestras de la "cultura alemana" tal como la comprende el "führer"

La noticia de la detención del profesor Siegmund Freud ha sido desmentida: se afirma que el doctor Freud continúa en su casa. Aunque esto sea así, no por ello se encuentra menos privado de libertad, ya que fuerzas de la policía y de la S. A. montan la guardia a la puerta de su casa. Entre las personas detenidas se halla también el profesor de laringología, doctor Neumann.

Las medidas de absorción de Austria por Alemania se suceden con una rapidez desconcertante en todos los dominios.

Así, en todos los teatros y music-halls funciona ya una comisión nacionalsocialista y los directores han de obedecer las órdenes de estos Comités.

En el «Burg-Theater», el célebre autor Aslan se ha visto obligado a presentar su dimisión, así como el director de la Orquesta Filarmónica de Viena, M. Burgauser, de reputación mundial, que ha sido substituído por un musiquillo nazi llamado Jerger. De este modo, desaparece una de las más importantes orquestas del mundo.

La Universidad de Viena ha sido puesta bajo una nueva dirección nazi. El profesor doctor Fritz Knol ha sido nombrado rector, con el título de comisario del Reich.

El «Theater in der Josefstadt», célebre teatro de Max Reinhardt, tiene como nuevo director a un antiguo actor mediocre, un tal Leo Walberg; otro gran teatro, el «Deutsches Volkstheater», está dirigido por un comiquillo desconocido, Karl Ehmann; la «Scala» está dirigida por un antiguo comparsa llamado Schaubner.

Estas noticias, cogidas al azar en los telegramas, podrían más bien servir de conclusión que de comienzo para un artículo sobre la cultura alemana, la cultura nazi, naturalmente.

El primer acto del conquistador bárbaro, es el de detener a los escritores, a los sabios, a los artistas.

Ello, después de haber sufrido la vergüenza y el ridículo de tratar a Rembrandt «de pintor del ghetto» y de insultar vilmente a Picasso.

En su número del 28 de febrero, el «S. A. Mann» repite con énfasis: «Arte degenerado, pero no en nuestro país».

Este artículo, destinado enteramente a demostrar la degeneración del arte en las demás naciones, explica primero la política de no intervención de los nazis: «Nadie puede ignorar que nosotros, los alemanes, tenemos horror a inmiscuirnos en los asuntos de los demás pueblos (!),

no sólo en lo que respecta a su política interior, sino también en cuanto a sus conceptos de cultura y de arte».

Después de esta explicación, destinada a hacer comprender por qué los alemanes no permiten a los demás pueblos que se ocupen de los problemas artísticos de los nazis (¡por ejemplo, de Rembrandt, pintor del ghetto!), el «S. A. Mann» pone en la picota la obra «degenerada» de un inglés, el conocido escultor J. Epstein, y la de un español, Salvador Dalí, que no simpatiza con Franco.

En un discurso, pronunciado en Munich en 1937 con motivo de la inauguración de la Casa del Arte Alemán, Hitler declaró: «A partir de este momento, mantendremos una guerra despiadada, una guerra de depuración contra los elementos de descomposición de nuestra cultura».

Sabemos que están considerados como «elementos de descomposición»: Albert Einstein, Karl von Ossietzky, Thomas Mann, Heinrich Mann, Max Reinhardt, Stefan Zweig, Ernst Toller, Anna Segers, Regler, Bruno Walter, Kurt Well, Alfred Döblin, Ludwig Renn y tantos otros. Como es natural, en el «Mein Kampf» es donde hay que buscar lo que Hitler entiende por cultura alemana:

«El Estado racista debe partir del principio de que un hombre poco culto, pero físicamente sano, enérgico y de carácter firme, es más útil a la comunidad nacional que un mequetrefe genial.»

«Sólo en segundo término, se ocuparán (los métodos de educación) del desarrollo de las facultades intelectuales.»

Hasta en la Ciencia, el Estado racista no debe ver más que un medio para estimular el orgullo nacional.»

«El Estado racista deberá esforzarse por crear, mediante una educación adecuada de la juventud, una raza capaz de librar las batallas decisivas y supremas.»

«Todos los métodos de educación del Estado racista deberán tener por finalidad inculcar en el corazón y en el cerebro de la juventud el sentido y el instinto de la raza. Los muchachos no deben abandonar la escuela sin estar convencidos de la necesidad de conservar la pureza de la sangre. Esta educación, desde el punto de vista racista, debe ser completada en el servicio militar.»

Con estos principios se llega al siguiente resultado:

Cuadro de la literatura «nacionalsocialista»:

Las «Memorias» sobre la Gran Guerra ocupan el primer lugar entre las recientes publicaciones del Tercer Reich. Generales y profesores de Universidad explican hasta en los menores «det-

alles» esta guerra, de la cual Hitler quisiera, a posteriori, atribuirse la victoria. Se ha llegado hasta a publicar un libro sobre «el papel de la taquigrafía durante la Gran Guerra».

Guerra, Fuerza, Raza, Guerra...

Ahora comprendemos por qué Hitler persigue de tal forma a los intelectuales: no los necesita en absoluto.

¡Ningún hitleriano debe pensar, pues ello sería el fin del hitlerismo!

La cultura alemana, según Hitler, es, pues, de hecho el odio a la inteligencia; se limita a consideraciones de utilidad política y militar.

En el Tercer Reich, no existe el Espíritu: la razón ha de inclinarse ante la Fuerza.

Austria acaba de ser la triste prueba.

(«L'Humanité», 26-III-1938.)

Francia conoce el material de guerra italiano y alemán enviado a los facciosos

París, 30. — En L'Humanité, Peri, a propósito de la política internacional y de la propaganda nazista en toda Europa, destaca el valor de los defensores de la República Española ante el ataque de los italianos y de los facciosos armados por Alemania. Reproduce la nota publicada por el Ministerio de Defensa Nacional sobre el material alemán e italiano enviado a los facciosos, y ataca duramente a la Prensa derechista francesa, la cual, cuando fueron anunciados estos hechos y esta violación de la «no intervención», contestó diciendo que se trataba de falsas noticias.—A. E.

Llamamiento de Romain Rolland a los franceses

París, 30. — Romain Rolland dirige en L'Ordre un llamamiento a los franceses, indicando todos los peligros para Francia en los Pirineos y en el Mediterráneo. «La paz la tiene sólo quien tiene el valor de defenderla», dice el ilustre escritor. — Agencia España.

La muerte misteriosa...

(Continuación)

los nietos de los que incendiaron templos y degollaron frailes el año 35 del siglo pasado.

No desconocemos la existencia, por herencia, de una propensión irresistible a ir contra la Iglesia; pero no se desconozca tampoco que con su conducta da la Iglesia pie para que continúe contra ella la furia de irridadas muchedumbres. La Iglesia, que ni educó, ni enseñó, ni practicó las virtudes que predica, desencadenó contra ella el vendaval de que se queja.

La adhesión de todos los obispos y arzobispos, excepto dos, al general Franco, y aquella colectiva declaración explicativa de sus actos, disculpa y aun justifica la furia popular mientras que la muerte de don Teodoro Flíedner y las declaraciones de su hermano don Juan proclaman que no ha habido en España una campaña antirreligiosa, ni siquiera anticristiana, que sirva de fundamento a la cruzada de que hablan los aliados de los nazis neopaganos, matadores del pastor protestante.

(«El Diluvio», 31-III-1938.)

La descomposición en el campo faccioso

Los soldados italianos se sublevan para no ir al frente

Gibraltar, 30. — Según noticias facilitadas por un evadido de la zona facciosa, el día 28 del corriente mes estalló en Cádiz una sublevación entre las tropas italianas acuarteladas en aquella ciudad, en el momento que se les daba la orden de partir hacia el frente.

Según parece, se trata de soldados italianos recientemente llegados de Libia, los cuales, al indicarles que debían marchar hacia el frente, se negaron a ocupar los trenes que debían transportarles.

La rebelión fué brutalmente reprimida, y los oficiales hicieron uso de las pistolas para asesinar por la espalda a los «voluntarios» que no querían seguir «voluntariamente».

Doscientos de aquellos soldados se encuentran en la actualidad encarcelados en Puerto de Santa María, en espera de ser trasladados a su país, donde serán reclusos seguramente en un campo de concentración.—Agencia España.

En la España fascista

La retaguardia sufre las consecuencias de la invasión extranjera

Llega a Barcelona un gallego que procede de la provincia de Lugo, en la que ha sido sacrificada la mayor parte de la juventud. El malestar y la discordia se imponen allí. El decreto de la unificación de partidos políticos no ha podido ser llevada a efecto, y subsisten en todas partes centros de Falange y de requetés que viven en permanente discrepancia.

Refiriéndose al «Servicio Social de la Mujer», dice que a las mujeres movilizadas las llevan a trabajar en fábricas de guerra, talleres de intendencia y hospitales; pero estas actividades han sido acogidas con gran desagrado y no dan el rendimiento preciso.

En el pueblo de Samarugo, que tiene 88 vecinos, cuatro mujeres jóvenes, antes de verse movilizadas, han preferido emigrar a América del Sur.

Como en toda la zona de Franco, los tejidos escasean hasta el punto de ser poco menos que imposible hacerse un traje; en el caso de encontrar la tela necesaria, se pagan más de mil pesetas por un traje de caballero.

Se ven obligados a traer del extranjero la ropa para el ejército. Principalmente llega de Italia.

Recientemente, en el pueblo de Gallur, se produjo una violenta colisión entre los componentes de un batallón de requetés y otro de soldados gallegos, y hubo varios requetés heridos.

La oficialidad, que puso fin a la riña, castigó a muchos soldados con penas severísimas.

Casi todos los productos de la tierra están requisados por la Intendencia y los restantes, que

nunca llegan a la población civil, se encargan los moros de adquirirlos.

El comercio, en los pueblos comprendidos en la zona de guerra, lo ejercen casi en su totalidad los moros, que previamente acaparan los artículos, cuando no los roban.

El soldado se ve en la necesidad de hacer sus compras a estos mercenarios, teniendo que pagar doble o triple de su valor, sin que les sean admitidas las protestas, y algunas veces llegan los moros al asesinato, cuando se les contradice; por lo menos, prodigan violentas amenazas.

Los marroquíes son mal vistos en todas partes y las mujeres huyen de ellos con horror.

No hace mucho que el jefe de un batallón formado por soldados españoles fué requerido por un soldado italiano, que le exigía explicación de la fuerza que transportaba y a dónde se dirigía. Al contestarle el aludido jefe que no tenía obligación de darle detalles, el extranjero le amenazó con una pistola y le mandó callar, teniendo el comandante, ante esta actitud, que calmar su rabia y someterse al italiano.

Son muchos los casos análogos que se producen, por lo que la oficialidad española ha perdido su entusiasmo y se ve obligada a ocultar su odio contra el invasor.

**ESTE DIARIO SE
REPARTE GRA-
TUITAMENTE**

Comunicado oficial

Fuerzas del Aire:

«Durante la noche última, Portbou ha sido objeto de cuatro bombardeos por la aviación facciosa. En los dos primeros, los aviones entraron volando sobre aguas jurisdiccionales de Francia.

A las siete de la mañana, cuatro trimotores «Junker» bombardearon San Vicente de Calders.

Esta mañana, a las 8'30, cinco trimotores «Junker» arrojaron 50 bombas sobre Castellón, destruyendo quince casas y causando algunas víctimas.

A las 10'44, tres trimotores bombardearon Salou y seguidamente Tarragona.

A las siete de la tarde, un hidro faccioso ha bombardeado y ametrallado Hospitalet, Coll de Balaguer y San Vicente de Calders.»

Manifestaciones de Daladier

París, 30. — El ministro de Defensa nacional, Daladier, manifestaba ayer en los pasillos de la Cámara, su preocupación frente a dos hechos: el franco y la situación de España. «Uri triunfo faccioso—decía el Ministro en sus conversaciones con los diputados—pondría a la paz en serio peligro.»

(«El Diluvio», Barcelona, 31-III-1938.)

Rasgo generoso de los soldados franceses

Imitando a sus camaradas del 5.º Regimiento de Infantería de Courbevoie, un grupo de zapadores del 5.º de Ingenieros se ha privado de tabaco esta semana y ha reunido 310 cajetillas, que enviarán a los defensores de la República española.

Han lanzado un reto fraternal a todos los soldados republicanos, a fin de que hagan lo posible por vencerlos en este terreno de la solidaridad en favor de los combatientes españoles.

Rasgo conmovedor, en verdad.

(«L'Oeuvre», 28-III-1938.)